

Lucius Shepard
El cazador
de jaguares

Premio World Fantasy 1988



narrativa fantástica

Las historias de *El cazador de jaguares* destacan por su marcada ambición temática y estilística. Estos relatos tienen un sello personal inimitable y totalmente innovador. En ellos se encuentran presentes unos ambientes que el autor ha conocido de primera mano, y por los mismos desfilan unos personajes cuyas obsesiones y sentimientos el lector no puede dejar de compartir. Así, en el relato que da título al libro, el protagonista es contratado por el hombre más rico de la aldea para que mate a un jaguar que le impide edificar un complejo residencial, descubriendo que el jaguar es una hechicera; en otra de las narraciones, un soldado norteamericano que lucha contra la guerrilla salvadoreña, sufre la venganza de un brujo local por haber participado involuntariamente en la muerte de su hijo; o en la de la misteriosa pareja de gemelos fugitivos de un mundo paralelo donde Hitler sigue gobernando... Relatos en que lo fantástico se transforma en una ingeniosa e intrigante base filosófica en la que la tecnología y la ciencia se abren a la magia.

El impacto emocional y la denuncia implícita de estos relatos ha traspasado las fronteras de las revistas de género, en donde aparecieron publicado originalmente, para obtener el respeto y la admiración unánimes de la crítica literaria.

PRÓLOGO

Es raro que en la escena literaria (ya sea entre los anuncios de *whisky* escocés y trajes de noche del *The New Yorker*, o en las granulosas dos columnas del *Fantasy and Science Fiction*), surjan nuevos escritores con un convincente dominio del lenguaje, una amplia gama de técnicas narrativas y una auténtica e imponente presencia como autores. Los recién llegados que consiguen la atención general pueden escribir igual que serafines disfrazados. O quizá se muestren como expertos capaces de atraparle con finales sorpresa que usted nunca hubiera esperado. O (y esta es la menos probable de las tres hipótesis) pueden mostrarle una compasión ganada al precio de muchas dificultades o el conocimiento del mundo que suele acompañarla, compensando con ello a duras penas sus deficiencias como estilistas o creadores de argumentos fascinantes.

Pero no es frecuente que uno se encuentre leyendo a un recién llegado cuya obra consigue combinar esas tres virtudes. La razón es sencilla. Dejando aparte a unos cuantos prodigios literarios que se aplican a su labor igual que las termitas a la madera, el ejercicio de escribir requiere sangre, sudor y lágrimas. No solo precisa un talento que se pueda desarrollar, sino también el haber aprendido desgastándose los dedos hasta el hueso, algo que de vez en cuando puede resultar más humillante que ennoblecedor. Dado que la mayor parte de escritores empiezan a vender su trabajo cuando están a punto de cumplir los veinte años o cuando hace poco que los han cumplido, parte de su aprendizaje se lleva a cabo en público, tecleando obras

apenas vendibles mientras luchan por mejorar su arte y crecer como personas. No es sorprendente, pues, que los neófitos en el arte de la escritura produzcan de manera irregular, cantando en un momento dado arias exquisitas y, al siguiente, chillando groseramente... Pero incluso los momentos de triunfo pregonado a pleno pulmón revelan más la amígdala que el tono adecuado, la fuerza bruta que el rigor.

Y el que haya mencionado todo esto no tiene otro objetivo que llegar a la presentación de Lucius Shepard..., quien, al igual que Atenea surgiendo magníficamente completa de la frente de Zeus, apareció en el escenario de la fantasía y la ciencia ficción como talento totalmente formado. (Por otra parte, ¿cuánto tiempo estuvo gestándose Atenea antes de proporcionarle esta terrible jaqueca a su papá?). Sus primeros relatos —«The Taylorsville Reconstruction», aparecido en el *Universe 13* de Terry Carr y «Los ojos de Solitario» del *Fantasy and Science Fiction*—, se publicaron en 1983; y ya demostraban que Shepard era un narrador tan diestro como versátil. En 1984 hubo por lo menos siete obras más (relatos cortos, cuentos, novelas cortas) firmadas por Shepard que aparecieron en los sumarios de las mejores revistas y antologías del género. Esas obras mostraban una amplitud de experiencias y una madura capacidad de penetrar en las complejidades de la conducta humana que resultaban sorprendentes en un «principiante». En mayo de 1984 su novela «Ojos verdes» apareció como el segundo título de la revivida serie *Ace Science Fiction Specials*; y en 1985, en la Convención Mundial de Ciencia Ficción celebrada en Melbourne, Australia, el premio John W. Campbell para el Mejor Nuevo Escritor fue para Lucius Shepard... con una absoluta y, por lo tanto, gratificante justicia.

De acuerdo. ¿Quién es ese tipo? Nunca he llegado a conocerle personalmente pero he leído casi todo lo que ha publicado hasta el momento. Además, hemos intercambia-

do correspondencia. (Yo le escribí y él me respondió). Aparte de esos breves contactos, he hablado dos veces con Lucius Shepard, dos conferencias a larga distancia; y todos mis encuentros casi-de-la-tercera-fase con ese hombre probablemente me han dado la equivocada impresión de que sé algo de vital importancia acerca de la persona que hay detrás del nombre, cuando lo que en realidad sé es tan solo lo que ustedes van a descubrir en cuanto empiecen a leer esta recopilación de relatos suyos. Es decir, que Lucius Shepard domina el lenguaje con la maestría de los mejores escritores del género, que no solo conoce los trucos sino también algunos de los más profundos misterios del oficio, y que ha vivido el tiempo suficiente y con la intensidad necesaria para haber adquirido una profunda sensibilidad y sabiduría de las mejores formas en que utilizar su conocimiento de la gente y el arte para transfigurar una diversión honesta en un arte nada pretencioso. Todos, absolutamente todos los relatos de «El cazador de jaguares» son agradables y entretenidos, pero algunos de ellos —quizá casi la mitad—, se alzan hacia la belleza y la verdad de lo que perdura mucho tiempo, tal y como fueron definidas por Keats.

¿Cómo es posible tal cosa? Bueno, Shepard empezó a escribir un poco tarde (es decir, cuando ya había cumplido los treinta años), tras un aprendizaje mundano que incluyó un conocimiento forzado de los clásicos ingleses a manos de su padre; una rebelión adolescente contra la educación institucionalizada; estancias como expatriado en Europa, Oriente Medio, India y Afganistán, entre otros lugares exóticos; una dedicación intermitente pero bastante seria a la música rock, con grupos como *The Monsters*, *Mister Right*, *Cult Heroes*, *The Average Joes*, *Alpha Ratz* y *Villain* (*Tenemos formas de hacerte bailar*); viajes ocasionales a Sudamérica, donde le ha concedido la categoría de «Escondite Favorito» a una isla situada ante la costa de Honduras; el matrimonio, la paternidad y el divorcio; y algunas aventuras tanto en calidad de asalariado como de hombre sin trabajo

que quizá algún día se decida a narrar en su autobiografía, pero de las que sé demasiado poco para atreverme a mencionarlas, aunque sea de pasada. Una inmersión total en el taller Clarion para aspirantes a escritores de fantasía y ciencia ficción hizo que empezara a poner a prueba sus talentos en el verano de 1980, y poco después de aquello publicó sus primeros relatos. Para decirlo brevemente, Lucius Shepard está muy lejos de ser un novicio —aunque quizá todavía se le pueda calificar de Joven Turco—, e incluso los profesionales de mediana edad con más de un libro o dos a su espalda tienen que reconocerle como uno de sus pares. A decir verdad, ya ha dado muestras de una capacidad y un dominio de su arte que despiertan tanto la humildad como una inmensa alegría en aquellos de nosotros que creemos en el poder de la literatura para dirigirse al corazón humano.

Los ecos obsesivos del conflicto vietnamita reverberan a través de relatos como «El Salvador», «Mengele» y «Delta Dulce Miel». Por su parte, «Coral negro», «El fin de la vida tal y como la conocemos», «La historia de una viajera» y «El cazador de jaguares» iluminan ese mismo exhuberante paisaje sudamericano de una forma que recuerda vagamente a Graham Greene, Paul Theroux y Gabriel García Márquez. Sin embargo, la voz de Shepard sigue siendo decididamente propia e inimitable. En «Cómo habló el viento en Madaket» y «La noche del Bhairab Blanco» desarrolla unas nada corrientes variaciones del relato de horror contemporáneo. En el primer relato, por ejemplo, dice del viento: «Era algo procedente de la naturaleza, no de algún otro mundo. Era el yo desprovisto del pensamiento, el poder carente de toda moral». Y en la novela corta «Una lección española», Shepard osa concluir su barroco relato con una máxima moral que «hace vibrar la historia más allá de las dimensiones de la página». Y, dicho sea de paso, mi favorito de la recopilación es «El hombre que pintó al dragón Griaule»^[1], una historia que, a la manera indirecta de la parábola, contiene

muchas revelaciones tanto sobre el amor como sobre la creatividad. Sin embargo, rara vez se podrá encontrar una parábola tan vívida y tan conmovedoramente desarrollada.

Así pues, escojan una historia al azar, léanla y, después de hacerlo, se verán impulsados irresistiblemente a devorar las otras historias del libro. Lucius Shepard ya está entre nosotros. El cazador de jaguares anuncia soberbiamente esa llegada.

MICHAEL BISHOP

El cazador de jaguares

Esteban Caax visitó el pueblo por primera vez en casi un año debido a la deuda que su mujer tenía con Onofrio Esteves, el vendedor de electrodomésticos. Esteban era por naturaleza un hombre que valoraba las delicias del campo y por encima de cualquier otra cosa; la plácida distribución del día de un granjero le hacía sentirse fuerte y animado y se divertía mucho pasando la noche ante una hoguera, mientras bromeaba y contaba historias, o acostado junto a su mujer, Encarnación. Puerto Morada, con los imperativos de su compañía frutera, los perros melancólicos y las cantinas donde atronaba la música norteamericana, era un sitio que debía evitarse igual que si estuviera dominado por la plaga: a decir verdad, desde el hogar de Esteban, situado en lo alto de la montaña cuyas laderas formaban el límite norte de Bahía Onda, los tejados de uralita oxidada que circundaban la bahía se parecían a la costra de sangre seca que suele haber sobre los labios de un moribundo.

Pero esta mañana en particular no tenía más remedio que visitar el pueblo. Encarnación había adquirido un televisor a pilas en la tienda de Onofrio, a crédito y sin que Esteban lo supiera, y ahora Onofrio amenazaba con apoderarse de las tres vacas lecheras de Esteban como pago por los ochocientos lempira que se le debían; se negaba a que le devolvieran el televisor, pero había mandado aviso de que estaba dispuesto a discutir un método alternativo de pago. Si Esteban perdía las vacas, sus ingresos caerían por debajo del nivel de subsistencia y se vería obligado a practicar de

nuevo su vieja ocupación, una ocupación mucho más onerosa que la de granjero.

Mientras bajaba por la montaña, dejando atrás chozas con tejados de hierba y postes de madera, idénticas a la suya, siguiendo un sendero que serpenteaba por entre una vegetación amarronada por el sol sobre la que se alzaban los plataneros, Esteban no pensaba en Onofrio sino en su mujer. Encarnación era frívola por naturaleza y Esteban lo sabía desde que se casó con ella; pero el asunto del televisor era todo un emblema de las diferencias que habían ido surgiendo entre ellos desde que sus niños se hicieron mayores. Encarnación había empezado a hacerse la sofisticada, riéndose ante los modales de campesino que usaba Esteban, y se convirtió en la presidenta de un grupo de mujeres de edad, casi todas viudas, que aspiraban unánimemente a la sofisticación. Las mujeres se acurrucaban cada noche alrededor del televisor y luchaban por superarse unas a otras haciendo comentarios sagaces sobre las películas policíacas norteamericanas que estaban viendo; y cada noche Esteban se quedaba sentado fuera de la choza, mientras pensaba tristemente en el estado de su matrimonio. Creía que la relación de su mujer con las viudas era su forma de decirle que tenía muchas ganas de ponerse la falda negra y la pañoleta y que tras haber servido a su propósito de padre Esteban ya no era más que una molestia para ella. Aunque Encarnación solo tenía cuarenta y un años, era tres más joven que Esteban, estaba abandonando la vida de los sentidos; ahora ya casi nunca hacían el amor y Esteban tenía la seguridad de que, en parte, eso era una expresión física del resentimiento que sentía Encarnación al ver que los años habían sido amables con él. Esteban tenía el aspecto de un viejo patuca: alto, con rasgos tallados a golpes de cincel y ojos grandes y algo separados; su piel cobriza estaba relativamente libre de arrugas y su cabello era negro como el azabache. El cabello de Encarnación tenía hebras grises, y la limpia belleza de sus miembros se había disuelto bajo ca-

pas de grasa. Esteban no había esperado de ella que siguiera siendo hermosa y había intentado asegurarle que amaba a la mujer que era y no, meramente, a la muchacha que había sido. Pero aquella mujer estaba muriendo, infectada por la misma enfermedad que había infectado a Puerto Morada, y quizá también su amor hacia ella estuviese muriendo.

La calle polvorienta en que estaba la tienda de electrodomésticos se encontraba situada detrás del cine y el Hotel Circo del Mar, y Esteban pudo ver desde ella los campanarios de Santa María de la Onda alzándose por encima del techo del hotel como los cuernos de un gran caracol de piedra. De joven, obedeciendo los deseos de su madre, que quería verle convertido en sacerdote, Esteban se pasó tres años bajo aquellas torres, preparándose para el seminario, sometido a la tutela del viejo padre Gonsalvo. Era la parte de su vida que más lamentaba, porque las disciplinas académicas que había llegado a dominar parecían haberle dejado perdido entre el mundo del indio y el de la sociedad contemporánea; en lo más hondo de su corazón Esteban creía en las enseñanzas de su padre —los principios de la magia, la historia de la tribu, la sabiduría de la naturaleza—, y, sin embargo, no lograba escapar a la sensación de que tal sabiduría era supersticiosa o, sencillamente, carecía de importancia. Las sombras de las torres cayeron sobre su alma de forma tan irremisible como sobre la plaza adoquinada que había ante la iglesia, y el verlas hizo que apretara el paso y bajase la mirada.

Siguiendo por la calle se encontraba la Cantina Atómica, un lugar de reunión para los jóvenes acomodados de pueblo, y delante de ella estaba la tienda de electrodomésticos, un edificio de una sola planta hecho de estuco amarillo, con puertas de chapa ondulada que se bajaban por la noche. Su fachada tenía como decoración un mural que se suponía representaba la mercancía del interior: neveras deslumbrantes, televisores y lavadoras, aparatos que pare-

cían enormes gracias a los hombres y mujeres minúsculos pintados bajo ellos, sus manos alzadas en un gesto de asombro. La mercancía real era mucho menos imponente, y consistía sobre todo en radios y cocinas de segunda mano. En Puerto Morada había poca gente que pudiera permitirse el lujo de comprar cosas más caras y quienes podían solían adquirirlas en otro sitio. La mayor parte de la clientela de Onofrio era pobre y cumplir con los plazos le resultaba bastante difícil, por lo que la riqueza de Onofrio derivaba básicamente de vender una y otra vez las mercancías que había confiscado por falta de pago.

Raimundo Esteves, un joven de tez pálida con las mejillas hinchadas, los ojos medio tapados por sus gruesos párpados y una boca petulante, estaba apoyado en el mostrador cuando Esteban entró en la tienda; Raimundo torció los labios en una sonrisita y lanzó un penetrante silbido. Unos instantes después su padre emergió de la otra habitación: un hombre inmenso, parecido a una babosa, todavía más pálido que Raimundo. Filamentos de cabello grisáceo untados de brillantina atravesaban su calva moteada de manchas marrones, y su vientre hacía tensarse la guayabera almidonada. Le tendió la mano a Esteban con una sonrisa radiante.

—Cuánto me alegro de verte —dijo—. ¡Raimundo! Tráenos café y dos sillas.

Por mucho que le desagradara Onofrio, Esteban no estaba en posición de mostrarse descortés: aceptó el apretón de manos. Raimundo dejó caer café en los platos, hizo mucho ruido con las sillas y puso cara de pocos amigos, irritado al ver que se le obligaba a servirles igual que si fuera un indio.

—¿Por qué no dejas que te devuelva el televisor? —preguntó Esteban después de haber tomado asiento; y luego, incapaz de contenerse, añadió—: ¿Qué pasa, ya no te gusta timarnos?

Onofrio suspiró, como si explicarle las cosas a un idiota del calibre de Esteban resultara agotador.

—No timo a la gente. Cuando permito que me devuelvan la mercancía en vez de llevar el asunto a los tribunales estoy interpretando generosamente la letra de los contratos. En tu caso, sin embargo, se me ha ocurrido una forma gracias a la cual podrás quedarte el televisor sin hacerme ningún pago y, aun así, tu deuda quedará saldada. ¿Te parece que eso es un timo?

Discutir con un hombre dotado de la lógica de Onofrio, flexible y siempre inclinada a su favor, era algo inútil.

—Dime qué quieres —replicó Esteban.

Onofrio se humedeció los labios, que tenían el mismo color que las salchichas crudas.

—Quiero que mates al jaguar de Barrio Carolina.

—Ya no me dedico a la caza —dijo Esteban.

—El indio tiene miedo —dijo Raimundo, pegándose al hombro de Onofrio—. Ya te lo había dicho.

Onofrio le hizo callar con una seña.

—Tienes que ser razonable —le dijo a Esteban—. Si me llevo las vacas no te quedará más remedio que volver a la caza de jaguares. Pero si haces lo que te pido solo tendrás que cazar a un jaguar.

—Un jaguar que ha matado a ocho cazadores. —Esteban dejó su taza de café y se levantó—. No es un jaguar corriente.

Raimundo rio despectivamente, y Esteban le atravesó con los ojos.

—¡Ah! —dijo Onofrio, sonriendo con su mejor mueca de adulator—. Pero ninguno de los ocho utilizó tu método.

—Discúlpeme, don Onofrio —dijo Esteban con burlona formalidad—. Tengo otros asuntos que atender.

—Además de olvidar tu deuda, te pagaré quinientos lempira —dijo Onofrio.

—¿Por qué? —le preguntó Esteban—. Perdóneme, pero no puedo creer que se deba a una preocupación por el

bienestar público.

El grueso cuello de Onofrio empezó a latir y su rostro se oscureció.

—No importa —dijo Esteban—. No es suficiente.

—Muy bien. Mil.

La despreocupación con que habló no podía ocultar la ansiedad que había en su voz.

Intrigado, sintiendo curiosidad por saber hasta dónde llegaba la ansiedad de Onofrio, Esteban optó por sacar una cifra de la nada.

—Diez mil —dijo—. Y por adelantado.

—¡Ridículo! ¡Por esa cantidad podría contratar a diez cazadores! ¡Veinte!

Esteban se encogió de hombros.

—Pero ninguno de ellos con mi método.

Onofrio se quedó inmóvil durante un momento, las manos juntas, retorciendo los dedos como si luchara con alguna idea piadosa.

—Está bien —dijo por fin, y las palabras le salieron de los labios como si se las arrancaran—. ¡Diez mil!

De repente Esteban comprendió cuál era la razón de que Onofrio estuviera tan interesado en Barrio Carolina, y se dio cuenta de que los beneficios que sacaría de allí hacían que su tarifa pareciera lamentablemente pequeña. Pero estaba obsesionado por la idea de lo que podría significar diez mil lempira: un rebaño de vacas, una camioneta para transportar los derivados de estas, o —y mientras lo pensaba se dio cuenta de que esta era la más deliciosa de todas aquellas posibilidades—, la casita de estuco del Barrio Clarín que le tenía robada el alma a Encarnación. Quizá poseerla consiguiese que ella le mirara con mejores ojos. Se dio cuenta de que Raimundo le estaba observando con una sonrisita de suficiencia en el rostro y que incluso Onofrio, aunque seguía irritado por la tarifa exigida, empezaba a dar señales de satisfacción, ajustándose la guayabera y alisándose su ya más que alisado y escaso pelo. Esteban se

sintió rebajado ante su capacidad para comprarle y, queriendo conservar un último retazo de dignidad, se dio la vuelta dirigiéndose hacia la puerta.

—Lo pensaré —dijo por encima del hombro—. Y le daré mi respuesta por la mañana.

El programa principal de aquella noche en el televisor de Encarnación era *Patrulla de homicidios de Nueva York*, con un calvo actor norteamericano como estrella, y las viudas estaban sentadas en el suelo, con las piernas cruzadas, llenando la cabaña de forma tan completa que el hornillo de carbón y la hamaca de dormir habían sido sacados de ella con el objetivo de proporcionar buenos ángulos de visión a quienes llegaran en último lugar. Esteban, de pie en el umbral, tuvo la impresión de que su hogar había sido invadido por una bandada de grandes aves negras con las cabezas cubiertas por capuchones, aves que recibían instrucciones malignas desde el núcleo de una centelleante gema grisácea. Se abrió paso por entre ellas, de mala gana, y llegó hasta los estantes colocados en la pared que había detrás del televisor; alargó la mano hacia el más alto de los estantes y sacó de él un gran fardo envuelto en periódicos manchados de aceite. Por el rabillo del ojo vio cómo le observaba Encarnación, sus delgados labios curvándose en una sonrisa, y aquella cicatriz de sonrisa clavó a fuego su marca en el corazón de Esteban. ¡Sabía lo que iba a hacer, y estaba encantada! ¡No sentía ni la más mínima preocupación! Quizá ya estaba enterada de que Onofrio planeaba matar al jaguar, quizá había estado conspirando con Onofrio para hacerle caer en la trampa. Enfurecido, Esteban pasó bruscamente por entre las viudas, provocando una explosión de comadreo, y fue hasta sus bananeros para acabar sentándose en una piedra que había entre los troncos. La noche estaba nublada y solo un puñado de estrellas era visible por entre las oscuras siluetas de las hojas; el viento las movía, haciendo que se confundieran y resbalasen unas

sobre otras, y Esteban oyó como una de las vacas resoplaba y percibió el fuerte olor del aprisco. Era como si toda la solidez de su vida hubiese quedado reducida a esa perspectiva aislada, y Esteban sintió amargamente el peso de aquel aislamiento. Aunque estaba dispuesto a admitir que había cometido errores, no lograba pensar en nada que fuese capaz de engendrar aquella sonrisa de Encarnación, horrible y llena de odio. Pasado un tiempo, quitó los periódicos que cubrían el bulto y sacó de estos un machete de hoja muy delgada, el tipo de machete utilizado para cortar los racimos de plátanos, pero que él utilizaba para matar jaguares. Le bastó con sostenerlo entre sus dedos para sentir una oleada de confianza y fuerza renovada. Habían pasado cuatro años desde su última cacería, pero Esteban sabía que no había perdido su habilidad. En una ocasión fue proclamado el mejor cazador de toda la provincia de Nueva Esperanza, como lo había sido su padre antes que él, y no se había retirado de la caza por culpa de los años o la debilidad física, sino porque los jaguares eran hermosos y su belleza había empezado a pesar más que sus razones para matarlos. Y no tenía ninguna buena razón para matar al jaguar de Barrio Carolina. No amenazaba a nadie salvo a quienes intentaban cazarlo, quienes buscaban invadir su territorio, y su muerte solo beneficiaría a un hombre sin honor y a una esposa amargada, haciendo que se extendiera la contaminación representada por Puerto Morada. Y, además, el jaguar era negro.

—Los jaguares negros son criaturas de la luna —le había dicho su padre—. Tienen otras formas y propósitos mágicos en los que no debemos interferir. ¡No les caces nunca!

Su padre no le había dicho que los jaguares negros viviesen en la luna sino, sencillamente, que utilizaban su poder; pero de niño Esteban había soñado con una luna de bosques marfileños y arroyos de plata por entre los que fluían los jaguares, veloces como el agua negra; y cuando le habló de sus sueños a su padre, este había dicho que ta-